

# África desde la sensibilidad mexicana\*

*Francisco José Cruz González*

Mucho agradezco la invitación que se me ha hecho para presentar una ponencia sobre el tema “Aprender y enseñar África en México”, en el marco de la Tercera Semana de África que organizó la Secretaría de Relaciones Exteriores. También felicito a la Cancillería, en especial a la maestra Celia Toro, inteligente y dinámica directora general del Instituto Matías Romero, y a la directora general para África y Medio Oriente, Ana Luisa Fajer, apasionada africanista, alma de estos encuentros, quien comparte conmigo la seducción por el continente africano.

Cuando preparaba esta ponencia me pregunté: “¿Qué puedo comentar y proponer en esta mesa redonda en la que participan académicos brillantes, con profundos conocimientos de África, y embajadores, igualmente con credenciales académicas y larga trayectoria diplomática en ese continente?”

Me pareció entonces importante subrayar un aspecto que no siempre se toma en cuenta en los medios académicos y en la Cancillería cuando se aborda África.

El tema se analiza con amplitud y brillantez y es objeto de programas de estudios, investigación y publicaciones en

---

\* Ponencia presentada en la mesa redonda “La enseñanza-aprendizaje de África en México”, como parte de la Tercera Semana de África en México, que tuvo lugar en la Secretaría de Relaciones Exteriores, del 26 al 31 de mayo de 2008.

la universidad, así como de análisis igualmente brillantes y propuestas de política en la Cancillería. De manera que estudiantes y maestros, políticos y diplomáticos tienen acceso y se benefician de tales investigaciones, de escritos y de lo que propondría México como su política africana.

Sin embargo, toda esta producción no siempre es accesible —ni comprensible— al hombre de la calle, al mexicano que no va a la universidad y no tiene acceso a las discusiones de los diplomáticos, y para el que África es un lejano territorio “de negros”, asolado por la guerra, las enfermedades y la miseria. En mi opinión, también y muy principalmente, es a ese hombre de la calle, a ese mexicano, a quien deberíamos dirigir nuestros esfuerzos de dar a conocer a África; la tarea de “aprender-enseñar África”.

Por otra parte, al reflexionar sobre mi participación en la mesa redonda y acerca de las credenciales y experiencia académicas y profesionales de quienes participan conmigo, me ha parecido oportuno mostrar mis propias “credenciales” —si así puedo llamarlas—, mi contacto, mi experiencia y mi pasión por África.

Mis contactos comenzaron hace mucho, aunque de una manera superficial. Tenía 16 años, estaba de paseo en Andalucía y se me antojó “asomarme” a Marruecos. Así que tomé un transbordador en Algeciras y desembarqué en Tánger, disfrutando del temor y de la curiosidad del adolescente que se adentra en *el misterio*. Viajé a Tetuán y subí a Chefchauen para extasiarme con su alcazaba apretujada, los colores azul y blanco de su arquitectura y el aire transparente. Creí que había llegado al cielo de Mahoma y del Corán. Armado del idioma español, de rudimentos de francés y aprovechándome de mi apariencia “mora”, pude convivir, breve pero cordialmente, con los marroquíes del antiguo protectorado de España y de Tánger.

No descubrí entonces, aunque lo sentía, que Andalucía, España, y por eso México y América Latina, están profundamente enlazados, en una familia de sangre y cultura, con Marruecos, el mundo árabe y África. Y no podía descubrirlo porque vivía la época de la España de Franco —la muy católica de la Contrarreforma—, que se jactaba de la expulsión de árabes y judíos en el siglo XVI y que reivindicaba haber “librado” a Europa, en la batalla de Lepanto, del dominio del Islam.

Otras correrías, mitad de estudios y mitad de aventurero juvenil, me hicieron conocer, principalmente en París, a jóvenes africanos subsaharianos de mi edad. Ese descubrimiento amplió mi abanico de relaciones con nuestros prójimos de apariencia diferente, que deberían parecer naturales para los mexicanos que pertenecemos a un país pluricultural, de compatriotas que van del rubio casi escandinavo, pasando por el trigüeño, hasta el cobrizo indígena, los que también tienen su toque africano. Así, incluí en el abanico a mis amigos africanos negros.

Estos contactos inspiraron, de alguna manera, mi tesis de la universidad, sobre el Tercer Mundo —un término que para la generación actual suena al medievo— y me hicieron leer con apasionada admiración las propuestas vanguardistas de los africanos Kwame Nkrumah, Sékou Touré y Julius Nyerere contra el colonialismo, así como sobre sus luchas.

Me asomé a la teoría de la negritud y me emocioné con los poemas de Aimé Césaire y con los escritos de Senghor. Pero aún me faltaba pisar el suelo del África Negra y estaba lejos de imaginar siquiera la tercera, riquísima raíz, de nuestra Patria.

He querido comentar estas experiencias personales juveniles para decir que, al desembarcar en 1995 como embajador en Marruecos, concurrente en Malí, Senegal, Côte d'Ivoire, Gabón y Ghana, no sentí que desembarcaba en una tierra extraña y ajena, y no fueron míos la displicencia y el desprecio por lo desconocido y “diferente” que la ignorancia produce en muchos.

Después, mi estancia de casi seis años, de los más felices de mi vida, me dio la oportunidad de conocer un poco mejor un continente pleno de atractivos —lo mismo que de retos y oportunidades políticos, económicos y culturales, que México y los mexicanos deberíamos aprovechar a plenitud—, sus pueblos, culturas y valores profundamente emparentados con nosotros.

Recorrí Marruecos en innumerables viajes oficiales que siempre incluían el afán personal de conocer, de estudiar, incluso con ojo crítico, y de disfrutar un país que conjuga etnias y culturas —beréber, árabe, del desierto y de los omeyas, si se me permite la puntualización— negra y judía. Enraizado en y raíz de España, con venas extensas, intensas, que han subido por Francia y otros países de Europa. Por eso resulta tan fuera de lugar el comentario de un político diciendo que la Unión Europea tiene en el Sur “vecinos” y sólo en el Este “europeos”.

Descubrí que el sentimiento y el ejercicio de la hospitalidad son moneda común de los marroquíes, entre ellos y con los fueños. Siempre hay la invitación a compartir la comida, el ofrecimiento de un lugar donde pernoctar, la propuesta de conducir por el camino a quien no lo conoce. No terminaría de narrar ejemplos gratos, emotivos a menudo, de gente de escasísimos recursos que ofrece de corazón lo que tiene. Diré lo mismo cuando viajé de estudiante mochilero y la familia de un humilde vendedor de la medina de Tánger me alojó en su reducida casa, que cuando fui “Su Excelencia”, el señor embajador. Siempre recibí estas muestras de cordialidad.

No puedo dejar de señalar el contraste de esta generosidad incondicional con la reserva y el egoísmo de mucha gente de países desarrollados, que cuidan temerosos sus cosas, los dineros y bienes que a menudo les sobran, y son incapaces de ofrecer la mano —a veces ni la cortesía— al visitante y al fueño. Y debo decir que nosotros, los mexicanos, deberíamos seguir cultivando —o recuperar, porque muchos lo hemos perdido— esta genero-

sidad, esta entrega, que es testimonio de la valoración del prójimo, del amor, cristiano y musulmán, al prójimo. Ésta es una enseñanza, un recordatorio que nos da Marruecos y el África subsahariana.

También, me parece importante decir que en esta “enseñanza-aprendizaje” de África tenemos que erradicar el sentimiento de desconfianza que la ignorancia, unas veces, y otras la mala fe, nos inculcan respecto de los marroquíes y de África en general. No debemos desconfiar sino aceptar la hospitalidad que magrebíes y africanos nos ofrecen de todo corazón, y corresponder con la hospitalidad que es también sello del carácter íntimo del mexicano auténtico.

Descubrí igualmente, en mi constante periplo por la geografía marroquí, que compartimos con este pueblo muchas sensibilidades artísticas. Por ejemplo, las maneras de hacer y de disfrutar de la música. Más de una vez, presentando música popular mexicana: mariachi y cantantes de rancho, música grupera o veracruzana, el público se entregó con pasión a los artistas mexicanos, rompiendo con el protocolo y la reserva que eran impuestos en espectáculos públicos.

Como ellos, nosotros, los mexicanos, terminamos metiéndonos —contagiándonos— de la misma manera en las elegantes, inacabadas repeticiones de la música andalusí y en los ritmos catalépticos, hasta el trance, de la música gnaoua, donde Marruecos encuentra sus venas negroafricanas.

De igual modo nos adentramos en las canciones que entona con voz melancólica alguna cantante “mora” y nos dejamos llevar a otro de los paraísos que promete el Islam, lo mismo que en los bailes sin fin de bellas jóvenes bereberes en el Morocco Palace de Tánger, sitio que bien vale un comentario. El “Morocco” es un cabaret arrabalero en el que comparten diversión tanto europeos y “cristianos”, como judíos y musulmanes. Nosotros podemos consumir alcohol; los musulmanes pueden beber té y

otras bebidas no alcohólicas. Todo ello en una atmósfera de respeto y de tolerancia ejemplares.

Lo anterior me lleva a destacar que Marruecos —como se confirma en países musulmanes del África Negra— muestra el rostro verdadero del Islam, la tolerancia —“el Islam tolerante”, como lo llamaría el difunto rey Hassan II—, aunque haya “bolsones”, particularmente en los medios de la gente menos favorecida, en el campo y la ciudad, donde resulta difícil esta comunicación entre musulmanes y no musulmanes, y por más que fanáticos de dos mundos, el musulmán y el cristiano-judío, se empeñen en hacer de las religiones armas de destrucción del adversario.

Yo creo esencial que la “enseñanza-aprendizaje” de África ponga el acento en este estilo, ampliamente extendido en Marruecos, de entender y de practicar la religión islámica, en el que el fervor y el respeto irrestricto de las reglas del Corán implican el respeto y la tolerancia a quienes profesan otras religiones.

En Marruecos se insiste reiteradamente en las *religiones del Libro* para reconocer y exaltar los valores y las creencias que compartimos judíos, cristianos y musulmanes; lo que contribuye a fortalecer la tolerancia, el rostro y el alma del Islam tolerante.

El tema me lleva a evocar otras experiencias: aquéllas de lo que llamaría el “encuentro de la modernidad” en materia religiosa y de costumbres, que se da en las ciudades (si bien en pueblos y provincias, así como en barrios marginales, se da a un ritmo más —¿demasiado?— lento).

A propósito de lo anterior, una experiencia que durante mi estancia en Marruecos me resultó interesante fue ver cómo conviven en una misma familia valores, hábitos y vestimentas de las distintas generaciones: padre, madre y abuelos, por un lado, con hijos y nietos, por el otro. Era común ver, en Rabat,

Casablanca o Marrakech, en los paseos familiares de fin de semana en el parque, que las madres y abuelas portaban velo y largas ropas, mientras que las chicas vestían minifalda.

Este “encuentro con la modernidad” se hace patente en la universidad, tanto por el número de estudiantes y la importante presencia de mujeres, como por el atractivo y la inquietud por temas de discusión de ideas y de apertura a otros mundos. Y ni qué decir de profesores e intelectuales que discuten ideas, proponen y dan cursos que “abren el mundo”.

Recuerdo como ejemplos de este afán de “encuentro con la modernidad”, con quienes piensan diferente, con otros mundos, eventos y reuniones que se organizaban todos los años en Asilah, en la costa atlántica al norte de Marruecos, a “tiro de piedra” del Mediterráneo, sitio que reunía a intelectuales y artistas de múltiples países —los mexicanos estuvieron más de una vez presentes—, al igual que la llamada Universidad Convivial de Essaouira —la misteriosa Mogador—, en donde los mexicanos y nuestros anfitriones marroquíes hablamos de “la dimensión atlántica de Marruecos”, de nuestros lazos históricos, de las venas comunes del arte marroquí y mexicano, así como de nuestras literaturas. El mudéjar y la talavera; lo árabe en la creación literaria y en la temática de muchos de nuestros grandes escritores: Paz y Fuentes entre otros, siempre en busca de nuestras raíces árabes.

Quisiera también decir que este permanente “afán de apertura”, de abrir la ventana al mundo, de reencontrar, de reconciliarse con raíces comunes y expectativas comunes, se ha fortalecido con proyectos como el del Centro Universitario de Literatura y Cultura Luso Hispano-Americano, que da presencia permanente, en la Universidad Mohammed V de Rabat, al idioma y a las letras tanto de Portugal, como de España y América Latina. Por eso no es insólito, aunque sí poco conocido en el extranjero e incluso entre nosotros, que haya en Marruecos al menos dos

millones de marroquíes que hablan español como segunda lengua y como lengua de comunicación con el extranjero.

Mi personal experiencia al respecto me llevó a un buen número de universidades y espacios de cultura para presentar arte, música y literatura mexicanos, que de inmediato eran identificados como “marroquí” o del gusto pleno de la gente: talavera y textiles, música popular, literatura y poesía. En Tánger y Tetuán, desde donde sigue irradiando el idioma español, tan marroquí como nuestro; en las universidades y festivales internacionales de Rabat y Casablanca; en el festival de Música Sacra en Fez, en el que la música barroca mexicana se interpretó bajo los arcos de la romana ciudad de Volubilis; en Marrakech, y en las mismas “puertas del desierto”, en Ouarzazate, donde los campesinos y el pueblo simple sintieron como suyos los textiles de Chiapas.

Mis relaciones, las relaciones del embajador de México, con personalidades del gobierno, empresarios y con gente de la cultura y de los medios, se despojaron desde el primer momento de las vestiduras protocolarias. Siempre recibí de mi interlocutor su dimensión humana más que la de su “importancia”. Por esa razón, a pesar del tiempo transcurrido —hace más de siete años que concluí mi misión— sigo teniendo buenos y fieles amigos.

Mi misión en África subsahariana me dio el privilegio de viajar varias ocasiones a Malí, Senegal, Côte d’Ivoire, Gabón y Ghana. De esas estancias recuerdo mi viaje a Tombuctú, cuna de civilizaciones, perdida entre las arenas del desierto; a la región tuareg, otra raíz más del riquísimo mestizaje africano, y al País Dogon, cuya indescriptible belleza se mostraba en los grises de sus diminutas casas de adobe y paja, donde el edificio del parlamento de la etnia se llamaba “Casa Palabra”, así, en español. Fue mi primer contacto sin las formalidades de un embajador, sino como viajero con la gente de la que recibí el cálido y sincero afecto al “tuvabú” —el blanco. Compartí con ellos



un tepache, al que le llaman “cerveza”, en la misma humilde jícara, y la cercanía, de veras afectuosa, de la gente del pueblo, mayores y niños. Sus comentarios, sus preguntas espontáneas, ingenuas. Pude palpar de cerca el corazón que África ofrece sin condiciones.

No puedo sino contrastar esta entrega de corazón —que se hace a todo aquel que se presente como es, sin formalismos, sin prepotencia— con la reserva, el egoísmo y la displicencia que lamentablemente campean entre mucha gente del mundo “desarrollado”.

Encontré, en el jirón del África que recorrí, un exquisito gusto en el arte, en la música y en la gastronomía: pinturas naïf; orfebrería y filigrana en joyas de oro —los mercados de Dakar y Abiyán son maravillosos y la “negociación” de precios es un arte pleno de delicadeza, palabras no dichas, asentimientos o desacuerdos silenciosos, casi un mercado indígena mexicano—; ballets al aire libre, al calor de la noche, plenos de sensualidad; cocina africana de intensa, fuerte personalidad y cocina “fusión” de África y de Francia, la antigua metrópoli. Un África que, al lado de carencias, sufrimiento y guerra, ofrece no sólo sus riquezas naturales, sino su rostro de artista, de hacedor de arte desde los niveles más populares.

En el África que recorrí hay una presencia milenaria, sólida, del Islam. Fervoroso, pero igualmente tolerante, como el de Marruecos, y —ésta, en mi opinión, es su particularidad en el África Negra— de presencia suave, a la que el calor intenso y la humedad despojan de toda rigidez y la vuelven alegre.

Es un Islam que en el día a día convive “alegremente” con cristianos y con animistas, la religión africana que a mis ojos, con su ingenuidad, en su contacto natural —su “diálogo”— con la tierra, con los seres inanimados, con animales, entre los humanos, propicia con mayor facilidad la cercanía con Dios.

Conservo amigos musulmanes y cristianos y amigos animistas, de antiguas y sólidas experiencias universitarias en Francia, que poseen una cultura enciclopédica y hoy importantes puestos ministeriales. Gente, culta a lo occidental, y animista. Amigos que dan testimonio del encanto y de la riqueza humanos de África.

La hospitalidad de los africanos —hablé de su corazón “ofrecido sin condiciones”— es igualmente incondicional. Ofrecen, comparten lo que tienen, ya sean las pobreza de una “cerveza” en el País Dogon, una comida en el mercado, una estera o un petate en una choza, ya la casa y el banquete de un rico.

Esta manera de compartir con gusto es una de las manifestaciones del temperamento naturalmente solidario de los africanos. Dan lo que tienen al visitante y protegen a la familia. Conocí a mucha gente, de condición modesta: el chofer del taxi; un vendedor de la medina; un mesero que, ganando muy modestamente, repartía sueldo, casa, comida y vestido con mujer e hijos, con padres y suegros, con sobrinos, con tíos, con cuñados, “porque están necesitados, porque no encuentran trabajo o mientras lo encuentran”. Estamos, los del Occidente cristiano, frente a la manifestación más auténtica de la caridad cristiana.

El África Negra, la que yo conocí, es la de la convivencia natural —con los obvios problemas que comporta a menudo la convivencia— entre negros africanos, gente del desierto como los tuaregs, libaneses, judíos y blancos, europeos sobre todo, que no han podido volver a “hallarse”, como decimos coloquialmente los mexicanos, en su natal, hoy opulenta Europa.

Claro que esto que cuento hay que verlo. Como me dijo en Senegal un importante hombre de negocios con quien indagaba las posibilidades de que una firma constructora mexicana participara en la construcción de la red de carreteras: “Invítelos a venir, embajador, porque lo que usted les cuente de las maravillas de África no lo creerán si no lo ven”.

Esto es África y éste el reto de México: comprometerse más a fondo con ese continente, por los muchos negocios que pueden hacer nuestros empresarios, por sintonía política e importancia del trabajo y posiciones conjuntas en el foro internacional, por tantos rasgos de una cultura y un arte que nos son comunes, por afectos.

Por todas estas razones y para descubrir, para recuperar, para reivindicar nuestra tercera, sólida, rica raíz, de la que apenas hace poco somos conscientes, es imperativo dar a conocer lo que es África —“seducir”, apasionarse por ella—, no sólo a estudiantes e investigadores, a expertos y diplomáticos, sino también, y muy principalmente, al mexicano de la calle, al mexicano común y corriente.

Éste es un imperativo, una tarea, que también desde nuestra Cancillería mexicana podemos emprender.